

## **Jesús Urzagasti**

### **La poesía como talismán**

La imagen de unos caballos galopando al alba, con la fugacidad propia del sueño, es un buen comienzo, porque al fin y al cabo todos hemos visto caballos, no necesariamente al amanecer. Mejor si esos caballos irrumpen en una cristalería: el asombro sería para los caballos y la gratificación para el que sabe darles vida en un escenario inusual pero no imposible.

La poesía enseña a vivir, lo que plenamente entendido significa aprender a morir. Es quizás sin quizás aquello que nos declara invulnerables: no ilumina el cambio sino los peligros que lo adornan. Puede ser un viento inocente, con el aroma de tiempos idos, y puede ser también una piedra inconfundible en el promontorio. Fórmula ritual para aproximarse a los orígenes, escritura cifrada del porvenir, marca evasiva de un presente efusivo. En todo caso y casi siempre, único señuelo para las criaturas imaginarias que deambulan insomnes en la geografía de cada quien.

Además de los caballos, los árboles o el Arbol que los representa y tolera el mundo de la ebanistería y otras artes menores sin perder su carácter emblemático.

Quiero recordar aquí lo que sé del árbol, o lo que llegué a saber por boca de un brujo de la llanura chaqueña. Le pregunté el cómo y el por dónde de tanta sabiduría. Me respondió por la vía indirecta que usaron en todos los tiempos los poetas. No sabía lo que era una metáfora, pero la practicaba con discreción, sin levantar sospechas con su silencio propio de iniciados. Sí, había estado muchas veces en el monte, buscando lo que no se sabe, y en una de esas se le había venido encima un enorme árbol que lo tuvo apretado durante un día con su noche. Le expresé mi congoja, pero me aventó el aire superfluo con esta frase: "El árbol era un árbol, pero no era un árbol, porque era una mujer de larga cabellera, o sea era un árbol que se fue caminando para que yo sea el mismo de siempre pero a la vez absolutamente distinto".

Llegué a la ciudad con la piedra encontrada en el promontorio, con la imagen del árbol y con la respiración propia de un caballo, sin saber que mucho tiempo antes Felisberto Hernández había explorado ese territorio, que es muy distinto cuando tiene árboles, lo alumbra la luna y lo identifica un ser provisto de palabras y que por lo mismo puede conjurar los peligros y enmudecer ante el mundo transfigurado.

Años después llegó Aurelio Arturo, con su "Morada al sur", y con infinidad de voces, formas de ver y de evitar el mundo, de reventar el pellejo y de acceder a la luz, al fin y al cabo territorio de libertad donde los resultados no admiten confusión: o se nombra o se periclita nombrando.

¿Y qué de la poesía? ¿Para qué sirve? Unos dicen que es inútil, como todo lo precioso. Considerando que el hombre viene a la tierra con un determinado número de palabras, y que no podrá morir mientras no las pronuncie todas, otros atribuyen a la poesía la calidad de alambique para destilar los términos desgastados, vale decir, remozarlos en un proceso de comunicación que no tolera al que vacila de noche y festeja de día.

Conocí a un sujeto que no sabía nada de estas cosas pero procedía como si las supiera de memoria. A su modo era un mago: administraba el silencio para que todas las palabras respiraran a sus anchas; en el curso de los años aprendió a eludir el apremio de las definiciones que no comprometen y finalmente, cuando se halló a la vera de lo fundamental, prefirió la alusión.

Le tocó un país como le podía haber tocado otro. Pero él decidió hacerlo incanjeable, intransferible. Una vez mató a un pájaro y cuando fue a recogerlo el viento de una tarde muy nublada ya le estaba moviendo las plumas. Otra vez se topó con un león y el león se lo comió. Salió por la claraboya invisible de los leones y vio que la selva y la ciudad eran distintas pero igualmente bellas. Había olvidado muchas palabras, pero las que le quedan eran suficientes para recordar a sus antepasados y esperar el futuro junto a otros hombres tan bárbaros como él, algunos encorbatados, otros ligeramente nerviosos, todos con una historia conmovedora.

Una vez me quiso poner el bozal; como no me dejé, me abrió campo en una larga fila de individuos que aguardaban el fuego sin ánimo de rectificar un destino buscado desde siempre.

Toqué la piedra que llevaba en el bolsillo y quise imaginar lugares donde no hay piedras. Empresa imposible. Por todas partes abundaban piedras, residuos de mundos fosforescentes, reliquias de poblaciones oníricas, sobadas sin duda por muchas manos pero no por las de los poderosos.

El hombre, antes de entrar a las llamas, sonrió como un viejo amigo y me dijo: "Después le toca a usted". El quizás no sabía que estaba soñando, pero yo sí, de modo que me desperté con el reloj parado a medianoche y la sensación de estar hablando con ustedes.

Era un domingo frío en La Paz, 5 de junio. Al día siguiente el avión. No quería encontrar "Lima la horrible" de Sebastián Salazar Bondy. Hoy, miércoles 8 de junio, hablo con ustedes apremiado por el recuerdo de un sueño. En ese sueño el hombre sonrío, como yo les sonrío a ustedes recordando a un poeta norteamericano que para aventar el espanto de la muerte dijo de lo más pancho: "De ésta sí que nadie sale vivo".

(Texto leído en el encuentro con la Poesía Hispanoamericana realizado en la Universidad de Lima, junio 1994.)

Sabía que debía caminar de una esquina a otra aligerado del paso formal que delata a los viajeros ya no tienes país me dije y caminas por un bello país sin sombra ni recuerdos de paisajes florecientes al fin volverás a ser una entidad muda y melancólica debajo todo es húmedo y no fluye ninguna amenaza para el que gobierna su locura y se abandona al sueño arriba el cielo es luminoso y las aves sólo son aves para estos sonidos apenas se necesita un mediador un caminante que nunca escuchó nada en la tierra un caballo y un tren una plaza y una vaga librería quizás así responderías feliz a las voces de ayer todo es un sueño para el equilibrista venido a menos los sones de una orquesta popular el niño y la manzana el muerto con su violín el árbol callado en la noche cruzo de una esquina a otra y veo cuatro policías nunca estuve aquí nunca estuve allá nunca estuve el aire es útil y la mecánica de los sueños también nunca llegué a saber tanto de mí nunca me lo dijeron será por eso que estiro los brazos y siento el agua y desciendo como todo el mundo y me acomodo el ojo como un inofensivo intruso que ha de retornar al hotel.

## LA JORNADA

Larga y aparentemente inútil es la jornada de los pájaros  
breve y contundente la del que camina al borde del abismo  
al final sólo quedan los cerros y las llanuras infinitas  
la noche se ha de repartir con sus inauditas floraciones  
las trenzas de las muchachas en las siestas del verano  
el mundo redondo y la tierra alumbrada por astros remotos  
y el hotel de una ciudad lejana que alguna vez te albergó  
sin medir las consecuencias de tu mirada de animal ciego.  
Eso queda al final y la voz no es la misma de antaño  
y la historia como un bosque que crece bajo otras lluvias  
y los caminos de bordes colorados para detener la locura  
todo junto no alcanza para silbar y caminar por las calles  
todo lo reunido cabe en la tos y en la campera aún mojada  
todo en la cabeza en los tendones en los cabellos crecidos  
en la guitarra que se desmorona entre molles y sauces  
en la embriagadora dicha que sopla libre y fraternal  
incluida la mano franca de tantas ausencias redimidas.  
Pero el que te soñó galopando como potro indómito  
conserva la joya resplandeciente de las premoniciones  
la mujer encargada una y otra vez en el alba indecisa  
la palabra que se parapetó en el silencio para hacer fuego  
una y otra vez sobre las causas efímeras una y otra vez  
hasta despertarte arrimando a la luz volando como un pájaro.

Vi por esos lugares casas derruidas por el tiempo  
el tiempo vivo en medio de lentos escombros  
una gallina solitaria en medio del corral atardecido  
un pájaro oteando el porvenir desde la copa de una higuera  
las nubes arrojando sombras en las más alejadas colinas  
un candado herrumbrando en la puerta central  
unos asnos olvidados recibiendo más olvido  
la vida es una planta que suele florecer sola  
incluso en una casa rodeada de jazmines  
donde también hubo aroma de menta y yerbabuena  
sobre la tierra rosada  
y bullicio tras el muro de adobe  
en la cocina y en los leños ardiendo húmedos  
¿abrir la estancia dormida?  
quizás nunca tal vez jamás así siempre será  
todo el sigilo del mundo retorna y se esfuma  
porque la moza creció para demorarse en el huerto  
iluminada por el verano de otros tiempos.

Me mataron hace mucho tiempo a la orilla de un río cuando dicho río corría apartando grandes árboles y yo sólo era el acosado espíritu del bosque en las aguas. Resucité velludo una mañana de octubre ávido de sangre y de luz extraída de los incesantes confines del universo primero caminé silbando por las quebradas del monte natal apenas cubierto con el chiripá de mis fieros antepasados una lanza en las manos unas boleadoras y un solo puñal. Otra vez me mataron en el campo raso de la frontera bajo las estrellas que nada sabían de mundos oscuros. Reaparecí como peón de una estancia llena de forasteros y de mujeres achinadas hechas para el idioma del silencio entre esos hombres y animales indómitos tal vez fui feliz hasta que me mataron de una puñalada veloz y equivocada. Fervoroso reanudé la marcha con mis muertes a cuestas sobrio en los vendavales caprichosos en la primavera seguido por hembras que dejaron todo por mi soledad era amigo de los pájaros y me alimentaba de raíces y era el sueño de alguien que nunca me perdió pisada. En medio de libros y agobiado por arduos razonamientos ya no aspiro el aire de las ciudades sino el otro aire nada me consuela sino el aroma de la tierra en la noche y cuando entro al lecho de sábanas blancas quizás duermo o tal vez me desvelo como animal en celo y me encabrito y amanezco cada vez más indócil a las letras de mi nombre alarmado de pies a cabeza por las palabras que me habitan señor peludo comiendo las flores de un jardín prohibido.



## VIAJERO EN LA NOCHE

Afiebrado y meditabundo bajé sobre una canoa  
a conocer el clima del abismo que se incendiaba en  
/la distancia  
lejos más lejos aún zumbaba el sueño helado del destino  
corrales sólo corrales para los ausentes animales indómitos  
cada vez que mi alma corría se le adelantaba la nostalgia  
en un atardecer que habría de castigar la sombra de mis  
/sueños.

Arden mis años como fantasmas arden como un silbido  
en la fresca atmósfera de agua desenterrada por los árboles  
ilumina la noche el ronco gemido de un pulmón viajero  
las pavas silvestres abandonan la ruta forjada por el día  
y se pierden en el caro dominio de una primavera inerte.  
Todavía se dibujan en el fondo insondable de la vida  
las figuras hirsutas de aquellos que como un adiós  
conversaron con las manos en el fuego del corazón en la  
/mano  
renace con la oreja húmeda y el ojo desconfiado  
/el caballo bayo  
que cruzó como una flecha el territorio prohibido  
el camposanto que todavía me acompaña con sus crecidos  
/arbustos.

Si yo hubiera muerto me sobreviviría el rumor del follaje  
la luz nocturna la huella en el monte la flor del diablo  
el hocico mojado de las viejas leyendas que me  
/despertaron  
a un universo que sin ruido me lleva de nuevo a  
/la madriguera.

Un animal que no es de este mundo sobresaltado aletea  
en el pecho que me permite mirar el hermoso cielo de la  
/juventud

mientras se aflojan las estrellas en la cálida bóveda celeste.  
Quien te nombra apenas sabe de tu cabellera arrancada.  
Tu salvaje modo de ocultar un poco de tierra te denuncia  
sin embargo como la materia reunida por el peligro de la  
/soledad.  
Aprieta siempre la mano aunque nada te conste aprieta  
/siempre  
la mano consejera para que el silencio no se evada  
el silencio que hizo germinar en ti el secreto de  
/la eternidad.

No me atrevo a nada salvo a recordar tu indumentaria  
sombbrero de ala ancha y cordial ciñéndote la cabeza  
chaqueta de cuello corto cargada de botones y bolsillos  
la señal de luto imborrable en la humilde manga derecha  
el cinto de uso cotidiano despellejado por el esfuerzo  
la bombacha cuya abundancia se reduce a muchos pliegues  
las botas acordeonadas para caminar por otros tiempos.  
Pertenenencias para habitar tierras y follajes nocturnos  
con la marca de una vida muy triste pero bien asimilada.  
En linderos que al final sólo los incautos desdeñan  
alguien doma el caballo que solía relinchar al alba  
las manos libres y francas en el mapa de la llanura  
el rostro sabiéndose imperturbable vecino de la eternidad  
la frente ligeramente abierta a pensamientos asombrosos  
los ojos elaborando un pasado para siempre imprevisible  
asediados por la luz de una dicha repentina.  
Y la bondad de haberte extraviado sin reproches mayores  
en la incesante magia de tantos arrieros sin nombre.

HONORATO AGUILERA

He vivido mucho pero no lo suficiente para entender a  
/los muertos  
para comprender por ejemplo que alguien se llame Honorato  
y renuncié al encierro de su voz en un sanatorio de  
/Buenos Aires  
lejos de los pasajes paraguayos que colindan con la  
/tierra natal  
los ojos volcados hacia penumbras que al fin se iluminan  
la mano sobre jazmines que crecieron a la vera de otros  
/cerros  
del corazón rodeado de graves desconocidos que nunca  
/envejecen.  
Ninguna vida alcanza para presentir el milagro de los  
/recuerdos  
y no hay soledad ni ceremonial en la sorprendida  
/soledad ajena  
salvo materiales que golpean lo inasible con su forastera  
/hermosura.  
El viento de hoy no es la brisa que repentinamente  
/se amasaba  
entre la felicidad de los imprudentes y el aroma de los  
/naranjales.  
Afuera quizás sigue navegando la lujosa llanura de la noche.  
Vastas poblaciones de difuntos reanudan su fervorosa marcha  
orillando un país sin duda inútil pero cuajado de luceros  
y mientras encerrado en su voz enmudece como un viajero  
/dormido  
me resucitan otra vez las muchas vidas que forman a un  
/muerto.